

distintivo, y para cuya comodidad debía dársele un aeroplano que llevara la misma marca que lo hiciera inmune. A ese árbitro debería dotársele de un silbato o megáfono que pudiera escucharse por encima del estrépito producido por la artillería moderna, en la inteligencia de que cuando ese silbato se dejara oír, deberían suspenderse desde luego todas las operaciones militares.

La contravención a las reglas que hubiese fijado la Liga de las Naciones se castigaría, según la gravedad de la infracción, con penas que variarían, por ejemplo, desde permitir el bombardeo libre, durante una hora, de las posiciones del infractor, hasta dirigir el «referee» un discurso de reprimenda severísima a todas las fuerzas enemigas, ordenándoles que abandonaran el campo.

Aun podría irse más lejos, pues si alguno de los combatientes llegaba a ganar la guerra apelando a medios ilegítimos, se le obligaría a que aceptara una paz humillante, como si en vez del vencedor, fuera el vencido.

Pero por desgracia, la guerra no es un juego, sino la prueba más terrible que existe, y ninguna fuerza del mundo es capaz de impedir a una nación que está combatiendo por su existencia misma en contra de otra nación, que apele a cualquier expediente, por injusto, cruel y bárbaro que sea, para conseguir la victoria o para evitar el desastre. El triunfo es la mejor justificación de cualquier expediente a que pueda apelarse en el curso de una guerra, y eso nadie es capaz de evitarlo.

Es de concebirse que una nación que espera triunfar y hacerse después amiga de su enemigo del momento, o que desea captarse la aprobación de algún neutral poderoso, llegue a abstenerse de apelar a medios efectivos, pero reprobables, mas de todas maneras esa abstención es voluntaria y estratégica.

De todas suertes, queda en pie el hecho de que la guerra es algo definitivamente ilimitable; una guerra que puede quedar sujeta a control, es una guerra que pudo evitarse o contenerse en cualquier momento. Si nuestra raza es realmente capaz de impedir el uso de los gases venenosos, podrá también evitar el uso de cualquiera otra especie de arma.

De hecho, es mucho más fácil imponer la paz absoluta que cualquiera limitación parcial de la guerra.

Pero se argüirá, sin embargo, que puede considerarse como cierto que si las naciones del mundo llegan a convenir de antemano en no prepararse para determinada clase de guerras, o logran ponerse de acuerdo para reducir hasta su mínima expresión sus fuerzas militares o navales, tales con-

venios revestirán grande influencia para evitar las contravenciones.

La única objeción que sugiere esa admirable tesis, consiste en que ninguna potencia que tenga aspiraciones o derechos que sólo puedan satisfacerse o defenderse por medio de la guerra, llegará a celebrar esos convenios de desarme animada de buena fe.

Naturalmente, los países que proyectan guerras y que no abrigan intenciones serias de desarme en forma realmente efectiva, tomarán parte gustosas en conferencias que persigan como objetivo el desarme, pero si obran de esa manera será, en parte, por el valor de propaganda que semejante participación tiene, y principalmente porque les proporcionan tales conferencias la oportunidad de que de ellas resulten restricciones más perjudiciales al posible antagonista que a ellos mismos.

Por ejemplo, el Japón con gusto se prestaría a reducir sus gastos militares, si los Estados Unidos redujeran los suyos en la misma cantidad, porque el costo por habitante de mantener a un soldado sobre las armas, es mucho menor en el Japón que en los Estados Unidos; y todavía más gustoso se prestaría el Gobierno nipón a restringir los armamentos navales a buques con un radio de dos mil millas o menos, porque de esta manera tendría completa libertad de acción en China y en las Filipinas.

Esa clase de táctica fué la que vinieron desarrollando en La Haya, Inglaterra y Alemania, con algunos in-

MENSAJE

LA Federación de Estudiantes de México a la Federación de Estudiantes del Perú: Hace ya mucho tiempo que, para fortuna nuestra, se habla sinceramente de la unión completa y fraternal entre los pueblos de habla española, ligados ya de modo natural por comunidad de tradiciones, de ideas y de sentimientos.

Para los estudiantes en particular, es una verdadera obligación creer y propagar el hispano-americanismo, sobre todo para los de la República del Perú y de México, porque son estos los exponentes más firmes de la civilización española en el Sur y en el Norte del continente de Colón.

Por eso, una vez, hermanos, os reiteramos nuestra estima, y en ocasión del viaje de uno de nuestros más queridos maestros, el licenciado Antonio Caso, os enviamos este mensaje de paz y de amor, excitándoos a la realización de nuestros bellos ideales de trabajo y de unión.

(El Maestro, México, D. F.)

tervalos, antes de la Guerra Mundial. Ninguna de estas naciones tenía fe en las intenciones pacíficas de la otra, ni tampoco consideraba tales negociaciones sino como meras maniobras estratégicas.

Ninguna limitación de armamentos, como ninguna mitigación en la crueldad de la guerra serán posibles, mientras no llegue a hacerse imposible la guerra misma, y entonces habrá de ocurrir automáticamente la completa extinción de los armamentos, sin discusión alguna. Y la guerra sólo llegará a hacerse imposible, cuando las Potencias mundiales hayan hecho lo mismo que los trece primitivos Estados de la Unión Americana, después de conseguir su independencia, esto es, fijar una ley común, que impere sobre todos.

Semejante proyecto es monstruosamente difícil, puesto que se encuentra en pugna con las ideas patrióticas de las masas, y en pugna también con las suspicacias naturales y con los prejuicios no menos naturales; pero a pesar de sus dificultades es un proyecto realizable.

Es lo único que puede evitar la completa ruina de nuestra civilización por medio de la guerra y de los preparativos para la guerra.

El desarme y la limitación de la forma de las guerras, sin semejante fusión de soberanías, parecen a primera vista más fáciles, pero las proposiciones de menos trascendencia adolecen del defecto de ser absolutamente impracticables, y son cosas que no pueden convertirse en realidades efectivas.

Un mundo capaz de desarmarse de una manera efectiva, sería desde luego un mundo distinto del que conocemos, y en él el desarme no revestiría ninguna importancia. Suponiendo la estabilidad en las relaciones internacionales, el mundo prescindiría de los armamentos, con la misma naturalidad que el hombre se despoja durante el invierno de su abrigo, cuando penetra a una habitación bien calentada.

Y como lo indicaba en mi artículo anterior, los preparativos de guerra, las amenazas de guerra y la guerra misma, constituyen el aspecto más desconsolador de la desunión humana en nuestros días. Mas la falta de estabilidad en los sistemas monetarios del mundo y la paralización cada vez mayor que se advierte en las industrias, son la amenaza de un desastre más inmediato.

Esos rumores de guerra entre el Japón y los Estados Unidos, podrán terminar de una manera tan intempestiva como se iniciaron. Posiblemente no llegará a ocurrir otra gran guerra después de todo, porque quizás llegue antes la dislocación de la estructura